

Friedrich Engels

El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado

Introducción de Enrique Luque



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats*

Primera edición: 2008
Segunda edición: 2013
Quinta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción: Enrique Luque Baena, 2008
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-1174-7
Depósito legal: M. 38.868-2012
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción
43	Prefacio a la primera edición, 1884
47	Prefacio a la cuarta edición alemana, 1891
69	1. Estadios prehistóricos de cultura
79	2. La familia
160	3. La gens iroquesa
182	4. La gens griega
196	5. Génesis del Estado ateniense
213	6. La gens y el Estado en Roma
229	7. La gens entre los celtas y entre los germanos
251	8. La formación del Estado de los germanos
269	9. Barbarie y civilización
301	Notas

Introducción

No es tarea fácil acercarse a un libro que va camino de su ciento veinticinco aniversario con parecida mirada a la de quien lo escribió y a la de quienes debían ser sus destinatarios. Tal vez algunas de las extrañezas que suscita y las sorpresas que encierra aun hoy *El origen* se esclarecerían mucho mejor si pudiéramos hacerlo. Entenderíamos mejor por qué una obra concebida desde y para la lucha ideológica y política ha tenido no poca resonancia en ámbitos aparentemente alejados y serenos. Porque éste es uno de esos libros donde los significados y consecuencias desbordan ampliamente lo que se dice en sus páginas. Y es que, sea cual fuere el propósito de Engels, el destino quiso que gracias a este texto su nombre siga figurando aun hoy en libros de materias tan remotas de aquellas confrontaciones como la antropología. Aunque no acompañado de elogios, precisamente, en la mayoría de los casos. Posiblemente, por razones ajenas a los mé-

ritos o deméritos de estas páginas. Como ajenas fueron también las que elevaron *El origen* a la categoría de texto canónico en las universidades de la órbita soviética. Sucede, simplemente, que los baluartes del saber nunca han sido inmunes al ruido de la calle.

Como otros escritos del propio Engels y de Marx, éste respondía también al enunciado formulado por el segundo muchos años antes: no basta con analizar o interpretar el mundo, como han hecho hasta ahora los filósofos o los sabios, sino que hay que transformarlo. Para ello, nada mejor que mostrar cómo las columnas de aquel mundo decimonónico (política, economía y sociedad) descansaban en terreno inestable y movedizo. Esto es, la familia monógama, la propiedad privada y el Estado, sustratos y respaldo de la estabilidad burguesa, no eran sino estadios terminales de dilatados y universales procesos históricos. Había que ilustrar a los proletarios, a la «famélica legión», de que el «fin de la opresión» podía alcanzarse con armas científicas, más frías y contundentes que el enardecedor himno de *La Internacional*.

El origen es pues, ante todo y sobre todo, una suerte de artefacto guerrero para la inevitable «lucha final». Lucha que, por otra parte, se nos presenta en este texto no como una novedad de aquel tiempo, sino íntimamente unida desde el alba de la civilización al desarrollo de esas tres instituciones que enuncia el título. Batalla que, además, Engels adivina larvada tras el empeño que los eruditos de la época (como los británicos McLennan y Grote o el alemán Mommsen) ponen en la defensa de esos objetos de culto de la sociedad capitalista. A lo largo de las páginas del libro, su autor vuelca toda una carga irónica, algo in-

genua a ojos de un lector de hoy, al insinuar o denunciar conspiraciones tendentes a encubrir sus más que modestos comienzos. Así, cuando apunta cómo la familia, lejos del pedestal donde la sitúa el ideal burgués, no fue originariamente más que el conjunto de los esclavos domésticos ('familia' < *famulus*). O cuando subraya el carácter de mero liderazgo electivo de los primeros reyes o el rango servil de la nobleza que emergió en Europa tras la caída del Imperio romano. Al propio garante de la propiedad privada y de la división en clases, el Estado, se le pronostica un futuro poco deslumbrante: «el museo de antigüedades, junto a la rueca y el hacha de bronce».

Visto lo que hemos vivido en el siglo que vino después, todo esto puede provocarnos hoy una mueca triste e irónica. Porque el Estado en esa época, nazi, soviético o cualesquiera de sus secuelas o imitaciones, ha sido elevado a la categoría de divinidad más incuestionable y más sedienta de sacrificios humanos que ninguna otra de que haya noticia. Además, las viejas jerarquías sociales han sido sustituidas, a escala mundial, por estructuras de desigualdad económica mucho más férreas y no menos impermeables. Más aun, el poder de líderes elegidos o aclamados por masas enfervorizadas y uniformadas ha hecho palidecer no ya el de los monarcas absolutos, sino el de los tiranos más sanguinarios de la antigüedad. Por eso, en nuestros días, tienen estas frases rotundas cierto tufo a ese lugar que evoca Engels, un poco mohoso y poco puesto al día. Y es que el estilo de *El origen* desprende muchas veces el aroma de batallas ya luchadas, aunque siempre recurrentes con disfraces variados. Querellas en las que el oponente corre siempre el riesgo de

ser sospechoso de ceguera u obstinación debido, en este caso, a su posición social o económica. Al fin y al cabo, el debate intelectual no es, para el autor de este libro, sino la turbulencia visible de una soterrada lucha ideológica y de un más profundo antagonismo de clases. No se espere, pues, de este texto una aséptica reflexión académica. El objetivo del libro era muy otro: poner al alcance de quienes nunca podrían acceder a la universidad enrevesadas materias históricas, etnográficas, económicas o filológicas. De forma clara, contundente y en no demasiadas páginas había que hacerles ver que su destino no era ni permanente ni irremediable.

De todos modos, fueran cuales fueran las circunstancias que lo hicieron nacer, el libro terminó por desligarse de ese carácter instrumental e inmediato. Pero ha seguido manteniendo el inevitable sello de la época. Algo que le da un aspecto de entramado donde es difícil desmadejar ideología y análisis, elaboraciones teóricas y afanes revolucionarios. Como también resulta arduo deslindar atisbos brillantes y gruesos errores, o pronósticos ciertos de otros manifiestamente fallidos. Un entramado que, en definitiva, fue alumbrado de un modo que hoy, y desde hace tiempo, se nos antoja tanto envidiable como irrealizable. Porque la nuestra es una época que ha desbordado con creces la denostada, desde la óptica orteguiana, «barbarie del especialismo». En cambio Engels, como Marx, todavía podía permitirse tocar muchas cuerdas disciplinares. De ahí su atractivo y, también, sus explicables deficiencias y errores.

¿Cuáles fueron esas disciplinas? Ya he aludido a ellas, pero sin duda las dos principales son la historia y lo que

luego vino a denominarse antropología social o cultural. En la época en la que se escribió *El origen* apenas se distinguían una de otra, salvo que la segunda, dedicada entonces y durante muchas décadas después al estudio del llamado mundo primitivo, venía a ser un mero edecán de la historiografía. El conocimiento directo de los pueblos primitivos, apenas en sus comienzos y en manos todavía muy poco profesionales salvo excepciones, venía a llenar el enorme foso entre la aparición del hombre y los primeros documentos escritos. Y ello porque con arreglo al postulado evolucionista, recién llegado a escena aquellos años, la humanidad era una, pero su diversidad se manifestaba en la tremenda diferencia que separaba al civilizado súbdito de la reina Victoria de los salvajes que poblaban selvas, estepas e islas de muchos lugares del planeta. Y, por supuesto, en los estadios que mediaban entre uno y otros. Las perspectivas evolucionistas, introducidas lentamente en aquella primera antropología, recuperaban por otra parte la terminología y el espíritu del progreso del siglo de la luz, concretamente de la Ilustración escocesa. Fue Adam Ferguson quien en *An essay concerning the history of civil society*, de 1767, acuñó los términos «salvajismo», «barbarie» y «civilización» para referirse a las grandes etapas de la historia de la humanidad. Más de un siglo después, en 1877, el norteamericano Lewis H. Morgan publicaba *Ancient society* (*La sociedad primitiva*, en la versión española) donde, sin mencionar a Ferguson, estructuraba su obra con arreglo a ese esquema tripartito. Con todo, el americano introducía dos nuevos elementos: una subdivisión de esas etapas en otras tantas subetapas (inferior, media y supe-

rior), pero sobre todo enriquecía con datos etnográficos o arqueológicos las más antiguas. Éste es, precisamente, el marco y el material básico en el que se apoya, y en gran parte resume, *El origen*.

Desde las primeras páginas, en el *Prefacio a la primera edición* (1884), Engels entronca el «análisis materialista de la historia» con la obra de Morgan. Muy poco antes de la publicación de este libro, en 1883, con ocasión de la muerte de Marx y ante su tumba, Engels había pronunciado un breve discurso donde unía también el nombre y la obra de su amigo con el de Darwin: «Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana». E, inmediatamente, aclaraba que la segunda consistía en «el hecho, tan sencillo, pero oculto hasta él bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etc.». El entusiasmo del dúo Marx-Engels procedía, también en el caso de Morgan, de la coincidencia que encontraron en algunas de las tesis y formulaciones de este último muy afines a ese hecho sencillo. Concretamente, la correlación que el norteamericano establecía entre los sucesivos modos de producción y la evolución de los sistemas de parentesco, desde la «subsistencia natural» a la primera agricultura. Para que nada faltara al tríptico, Engels concluía su discurso fúnebre con una alusión a la animadversión que entre burgueses de cualquier signo político habían despertado la obra y la figura de Marx; curiosamente, tanto en el prefacio de *El origen* como a lo largo de sus páginas se insiste en algo pareci-

do: cómo «los maestros de la ciencia “prehistórica” en Inglaterra procedieron con el *Ancient society* de Morgan del mismo modo que se comportaron con *El Capital* de Marx los economistas gremiales de Alemania».

Parece que ese paralelismo entre las tesis marxistas y darwinianas es bastante forzado y circunstancial. En todo caso, Darwin (que recibió un volumen del primer tomo de *El Capital*, dedicado a puño y letra por su autor) no correspondió con actitud recíproca al entusiasmo que su obra despertó en Marx y Engels. En cambio, cierta correspondencia sí que la hubo entre Darwin y Morgan: este último lo cita en su obra, y el primero alude a un trabajo del segundo poco relacionado con *La sociedad primitiva*: un estudio sobre el castor americano. Pero tampoco puede extremarse la relación entre ambos: la obra de Morgan parece más afín al predarwinismo lamarkiano que a la obra del autor de *El origen de las especies*. La confrontación o la lucha por la subsistencia de los más aptos ocupa lugar importante en la obra de Morgan y sí, en cambio, la herencia de los caracteres adquiridos. Más aun, el antropólogo marxista Emmanuel Terray, que subraya algunos paralelismos entre la obra de Morgan y la de Darwin, viene a concluir que Marx y Engels no apreciaron en la del primero una mera extrapolación de los conceptos darwinianos, pues, de otro modo, la hubieran rechazado tal y como hicieron con la obra de algunos darwinistas sociales. ¿Qué nos queda entonces del triángulo?

Nos queda ese deliberado empeño engelsiano –también marxista– de engarzar con la obra de Morgan. No sabemos, en cambio, cuál hubiera sido la reacción del úl-

timo ante este entusiasmo, ya que falleció años antes de la publicación de *El origen*. Lo que sí resulta completamente cierto es que este texto surge en una época de auténtica ebullición creadora en el ámbito de las ciencias que versan sobre lo humano. Para la antropología, las décadas anteriores, las de los años 1860 y 1870, podrían calificarse realmente de «prodigiosas». Precedida por obras que hoy forman parte del acervo más indiscutible de las ciencias sociales, como el *Derecho antiguo* de Maine, o el *Derecho materno* de Bachofen, en la década de 1870 se publicaron tanto *Cultura primitiva* de Tylor como las dos obras centrales de Morgan: *Sistemas de consanguinidad y afinidad de la familia humana* y la misma *Sociedad primitiva*. Tampoco hay que olvidar que a todas ellas precedían o acompañaban las obras clave del evolucionismo darwiniano: *El origen de las especies* (1859) y *La descendencia del hombre* (1871). Como queda apuntado, el intento de englobar en una misma historia a toda la humanidad tenía claramente tras de sí toda la obra de los ilustrados del siglo XVIII, de cuyo espíritu eran herederos de una forma u otra todos los autores citados. Es cierto, también, que se hacía más factible imaginar una naturaleza mutable cuando previamente se había concebido ya la humanidad toda como esencialmente histórica. Sin embargo, entre la Ilustración y la era que se estaba gestando existen también diferencias importantes. La principal es el foso que aún separaba para el pensamiento dieciochesco al hombre del resto de los animales. Precisamente, lo que hizo Darwin de la primera a la segunda de las obras mencionadas fue saltar ese foso y mostrar la vinculación del hombre con el conjunto de la natu-

raleza animal. Morgan fue de todos los citados el más presto en dar ese paso decisivo; Tylor fue un converso bastante más tardío. El autor de *Sociedad primitiva* vio pronto una clara continuidad entre sus estudios sobre el castor y los que constituían el eje de su etnografía, los de los indios iroqueses; esto es, las diferencias entre seres humanos y animales eran cuestión sólo de grado. Curiosamente, no parece que Engels, tan devoto de la obra morganiana, estuviera dispuesto a seguirlo en esto a ciegas (como pone de relieve su escepticismo en este texto con respecto a las inferencias que para la conducta humana puedan derivarse de la observación de la vida animal).

No cabe duda de que esas conmociones en las ciencias del hombre y de la naturaleza debieron de influir enormemente en el espíritu de Engels. Pero lo que ocupa la mayor parte de *El origen* es la obra más popular de Morgan y los debates con sus contemporáneos. Esto es, precisamente, lo que hizo que *La sociedad primitiva* y este texto de Engels corrieran una suerte pareja, algo que por supuesto no pudo prever ni probablemente desear Morgan. A partir de 1884, cuando el legatario de Marx une sus destinos, nadie ha podido ser neutral con respecto al libro del americano, ni siquiera frente al conjunto de su obra. Como precedente de *El origen*, las tesis de Morgan se convirtieron en canónicas para el marxismo; por lo mismo, antropólogos anglosajones de ambos lados del atlántico miraron con más que recelo sus escritos. El británico Fortes, por ejemplo, recordaba más que mediado el siglo XX su época de formación como aquella en que Morgan era considerado un «falso profeta». El norteamericano Robert H. Lowie, por su parte, tal vez uno de

los más sistemáticos fustigadores de todos los postulados morganianos, denostaba especialmente «la canonización de Morgan por Marx y Engels (...) y la ciega aceptación, a partir de entonces, de sus teorías por parte de los marxistas». Al otro lado del frente, el antropólogo francés Raoul Makarius vuelve a hablar, en términos casi engel-sianos, de la «conspiración del silencio» que rodea un siglo después a la obra de Morgan, todo ello por el papel que le asignan *El origen* y el marxismo. Concretando, cabría decir que la antropología británica y la francesa, mucho más inclinadas que la norteamericana a la búsqueda de estructuras y de generalizaciones, han tenido a la larga una actitud mucho más positiva también hacia la obra de Morgan. Pero eso no salva toda su obra, como recalca Edmund Leach: «las mayores contribuciones que hizo no son las que aplaudieron Marx y Engels». Claro que habría que añadir que quién sabe si ese destino compartido que *El origen* y *La sociedad primitiva* vinieron a tener no salvó a la segunda de ser hoy mera pieza de bibliógrafo y a la primera de ser recordada puramente como escrito breve y de circunstancias. Afortunadamente para sus lectores de hoy, ninguno de los dos libros es sólo eso.

Vayamos primero a examinar algunos de los rasgos centrales de *La sociedad primitiva* que tan enorme peso tiene en este texto de Engels. La obra es, ante todo, una síntesis del conocimiento que sobre la prehistoria se tiene en la época de Morgan*. Esto la hace semejante y di-

* En estos párrafos y, en mucha menor medida, en algunos anteriores y posteriores, sigo sustancialmente parte de mi contribución al libro conme-

ferente a otras de la época. Semejante por lo que todas ellas tienen de herederas de la Ilustración dieciochesca. Pero también algo diferente porque los planteamientos en ella son ya claramente biologicistas, y diferente, también, porque Morgan no se limita al conocimiento de fuentes bibliográficas o de segunda mano, sino que añade a unas y otras su propio conocimiento y observación directa de los iroqueses, los indios con los que había convivido (aspecto resaltado y algo exagerado por Engels en estas páginas). Como otros pioneros de la antropología decimonónica, Morgan procedía de otro campo profesional, el derecho en su caso, y cuando trabajaba para la asamblea y el senado de Nueva York se había interesado por la historia, cultura y organización social de los nativos. Su interés no se había limitado a la pura erudición, sino que se había sumado –y liderado– a su lucha contra la opresión de los blancos, hasta el punto de ser adoptado por una de las tribus de la confederación iroquesa, la de los seneca. La trayectoria de Morgan parte de un interés puramente particularista por los indios, sigue con una orientación historicista en su estudio de la terminología del parentesco y aboca a una postura netamente evolucionista en la que se diluyen las enormes diferencias entre los pueblos nativos de toda América. Ésta es, precisamente, la actitud que inspira *La sociedad primitiva*, muy alejada por tanto de lo que luego vendría

morativo del centenario del libro de Engels: *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. Cien años después. 1974-1984*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1985, del que son igualmente coautores Juan Trías, Celia Amorós y Domingo Plácido. De sus aportaciones he utilizado también alguna observación.

a constituir la profesión de antropólogo: el estudio particularizado de pueblos y realidades concretas.

Para acometer esta síntesis, Morgan sigue dos líneas de investigación, relativa la primera a los «aspectos materiales o tecnológicos» y a los «aspectos institucionales» la segunda. En virtud de la primera, la historia de la humanidad queda dividida en esos tres grandes estadios ya aludidos (salvajismo, barbarie y civilización), que a su vez se subdividen en otros tantos «períodos étnicos» (inferior, medio y superior). En realidad, a efectos del estudio de Morgan son siete los períodos que abarca: los correspondientes a los dos primeros estadios y al primero del tercero, ya que *La sociedad primitiva* se detiene en el umbral de la civilización. Cada período, a su vez, se caracteriza por lo que su autor denomina un «arte de subsistencia». De ese modo, el salvajismo comienza con la simple recolección de semillas y frutos silvestres; la barbarie se inicia con la invención de la alfarería; por último, la civilización se inaugura con la invención de un alfabeto fonético y el empleo de la escritura. Ni que decir tiene que los otros períodos van marcados por artes tan cruciales como la caza, la domesticación de animales y la aparición de la agricultura.

Algo que han destacado los estudiosos de la obra de Morgan es que esa secuencia de períodos no implica más que una descripción de su sucesión, en absoluto una relación de causa a efecto entre los acontecimientos que en ellos se producen. Esto es, por ejemplo, de la aparición del arco y de la flecha en el «salvajismo superior» no se sigue lógicamente la invención de la alfarería en el período inferior de la barbarie. En cambio, eso es precisamen-

te lo que sí ocurre respecto a la segunda vía de investigación, el desarrollo de las «instituciones sociales». Nada tiene de extraño que para un pensamiento sistemático como es el marxista fuera ésta la línea más atractiva y no la primera, claramente descriptiva. Así, pese a lo ya apuntado respecto a las primeras páginas de *El origen*, casi tan rituales como las pronunciadas ante la tumba de Marx, Engels apenas dedica atención a aquellos aspectos de cultura material y se centra casi por completo en estos aspectos institucionales. Bien es verdad que Morgan intenta establecer correlaciones a gran escala entre «artes de subsistencia» y factores específicamente sociales, pero esa periodización étnica en siete etapas tiene para él más que nada el valor de un marco histórico o temporal de la evolución de las instituciones. Llevar esa correlación al grado de determinismo, que parece sugerir Engels al final del capítulo I de *El origen*, es forzar inadecuadamente los planteamientos morganianos.

En cuanto al cuadro institucional que presenta Morgan –y que resume Engels en estas páginas–, supone, a su vez, otras líneas de investigación, relativamente autónomas pero paralelas entre sí. Se refieren a formas de «organización social» (dos grandes etapas: la *societas*, basada en relaciones personales, y la *civitas*, caracterizada por las relaciones territoriales y por la propiedad); a tipos de «familia y matrimonio» (cinco tipos: «consanguínea» –caracterizada por el matrimonio de grupo–, «punalúa» –con un matrimonio de grupos de hermanos y hermanas–, «sindiásmica», o por parejas fácilmente solubles, «patriarcal» y «monógama»); a «sistemas de parentesco» (básicamente dos: «clasificadorio» y «des-

criptivo») y a la «propiedad» o, más exactamente, las reglas de herencia a la misma (desde el comunismo primitivo a la herencia a favor de los hijos en el grupo familiar, pasando por la herencia en la *gens*).

Hay que destacar dos aspectos de conjunto de *La sociedad primitiva* de significativa concordancia con el marxismo y con el propósito de Engels. Por una parte, una imagen de la sociedad primitiva (la de los iroqueses o cualquier otra análoga, que en la época y durante mucho tiempo se equiparaba por completo con la prehistoria del mundo europeo u occidental) caracterizada por el predominio de las relaciones de parentesco o consanguinidad. Tales relaciones siguen una evolución necesaria desde la indiferenciación primigenia, al establecimiento de vínculos exclusivamente con la madre y sus parientes y a la instauración de la filiación sólo por la línea paterna (lo que en la terminología de la época –obsoleta hace ya muchos decenios para cuestiones de parentesco– se conocía como el paso del «matriarcado» al «patriarcado»). De mucha más importancia para el planteamiento de Engels es el segundo aspecto: un contraste neto entre «prehistoria» (salvajismo y barbarie) e «historia» (civilización). La primera, caracterizada por una sociedad sin clases, supone un increíble progreso del hombre, ya que en ella franquea el foso entre la mera animalidad y la plena humanidad; la segunda, marcada por la aparición de la sociedad de clases, basadas en la propiedad privada, el intercambio y la acumulación de riqueza, todo ello dentro de un marco político o estatal. Más aun, Morgan no concebía la segunda, la civilización, como una etapa definitiva (a diferencia de otros escritores victorianos y au-

tosatisfechos). Nada de extraño tiene que las últimas palabras de *El origen* sean una larga cita de *La sociedad primitiva*, que también constituyen –casi– las últimas palabras de la segunda. Tal cita concluye así:

Será la resurrección de la libertad, igualdad y fraternidad de las antiguas *gentes*, bajo una forma más elevada.

Realmente, esta frase, evocadora más de la revolución burguesa del siglo anterior que de la que auspiciaba *El origen* un siglo después, armoniza sin embargo muy bien con uno de los que parecen objetivos fundamentales de Engels. Se trataba de mostrar que lo que marcó el inicio de la sociedad clasista no era un punto sin retorno, que la futura sociedad sin clases, sin familia burguesa, comunista y sin Estado podría recuperar lo mejor del mundo primitivo sin ninguna de sus carencias: «bajo una forma más elevada». En definitiva, había que mostrar a los destinatarios del libro que las instituciones que había sacralizado la sociedad capitalista (familia, propiedad y Estado) eran temporales y perecederas. A lo más, un largo y anómalo paréntesis en la larga marcha del progreso humano.

Un tema muy debatido entre comentaristas de *El origen* (y, en general, de la actitud marxista ante las sociedades precapitalistas) es el del peso efectivo que obras como las de Morgan u otras ejercieron en ella. En realidad, hay postulados en obras como las de aquel diametralmente opuestos a los del materialismo histórico o dialéctico. Así, cuando Morgan vincula estrechamente la historia humana al «desarrollo de las ideas»; o cuando, al

final de su libro, sitúa toda la evolución humana como «parte del plan de la Inteligencia del Ser Supremo que hizo del salvaje un bárbaro y de éste un hombre civilizado». Engels, por otra parte, no se limita en este texto a una mera transcripción de las ideas y planteamientos morganianos, como veremos después. Hay autores, como Maurice Godelier, que argumentan que ya en la obra de Marx anterior a *El Capital* se da entrada a una concepción de la evolución humana más pluralista y menos etnocéntrica de la que revela esa obra emblemática (esto es, la sucesión rígida de sistemas sociales regidos por cinco modos de producción: comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo). Se trata concretamente de aquellos escritos que sirvieron de base para *El Capital*, pero que sólo en parte reescribió y publicó en vida el propio Marx con el título de *Crítica de la economía política* (1859); completos tales escritos sólo se conocieron en el siglo XX (con el título de *Grundrisse* o *Fundamentos de la crítica de la economía política*). Uno de esos escritos inéditos es el relativo a las *Formas que preceden a la producción capitalista* (abreviadamente citado como *Formen*). Vistas así las cosas, el pensamiento marxista estaba ya dispuesto para la gran transformación que se produjo en aquellas «décadas prodigiosas» de 1860 y 1870 del siglo XIX. Engels, con *El origen*, no vino sino a redondear lo que ya estaba esbozado casi treinta años antes.

Otros autores, sin embargo, no son tan optimistas como Godelier. Por ejemplo, el historiador de la antropología Marvin Harris sostiene que cuando Marx redactó las *Formen* ya existía un material etnográfico que po-

día haber utilizado. Si no lo hizo, sospecha Harris, pudo ser por la influencia en el marxismo del pensamiento hegeliano y su desprecio por las partes «no progresivas» de la humanidad. Hay quien va aun más allá, como Raymond Firth, que estima excesivamente dogmáticas distinciones como las que el marxismo establece entre lo comunal y lo privado (incluso aceptando la matización, en las *Formen*, entre propiedad comunal y posesión privada). Incluso en alguna otra obra anterior (*La liga de los iroqueses*), Morgan muestra un complejo sistema de derechos de propiedad donde lo comunal y lo privado se entrelazan de forma que no pudo reflejar *La sociedad primitiva* dado su carácter de síntesis. En suma, lo que viene a sugerir Firth es que el marxismo –se trate de *Formen* o de *El origen*– utilizó no tanto las aportaciones existentes sobre sociedades precapitalistas cuanto aquellas que confirmaban o respaldaban sus hipótesis.

Puede que todo esto sea cierto. Ahora bien, pese a la innegable deuda que *El origen* tiene con un libro de Morgan, el texto goza de personalidad propia. Y, como tal, ya se ha apuntado, posee sus propios aciertos y errores. En el capítulo de los segundos los hay de dos tipos: los que se deben al estado del conocimiento en la época en que fue escrito y los que provienen específicamente de la «estancia ideológica» y de la militancia revolucionaria de su autor.

Por lo que respecta a los primeros, conviene recordar que Engels aborda aquí una materia enormemente variada, muchos de cuyos aspectos corresponden a campos temáticos apenas roturados o bastante rudimentarios en aquellos años. Más aun, algunos de los problemas que